

**Silverio
el grande**



Texto:
Pilar Mateos

Ilustraciones:
Javier Serrano

Diseño:
Narcís Fernández

ÍNDICE

Página 10

Capítulo 1

Página 18

Capítulo 2

Página 34

Capítulo 3

Página 49

Capítulo 4

Página 65

Capítulo 5

Página 79

Capítulo 6

Página 93

Capítulo 7

Página 109

Capítulo 8

Página 124

Capítulo 9

1

CAMINO ABIERTO

MI amigo Miguel Santos Alonso, al que todos llamábamos Mike, desapareció del barrio un domingo por la mañana, sin dejar rastro, mientras yo le esperaba en el sitio de siempre para jugar a boleivol.

Al principio supuse que habían dado un nuevo destino a su padre, que era médico de niños en el hospital de Santa Ana; aunque no dejaba de extrañarme que se hubieran trasladado de manera tan repentina y precisamente el día en que disputábamos la final del campeonato. También cabía la posibilidad de que hubiera acudido a reunirse con su abuela, que vivía sola en una ciudad del norte, a pesar de que ya había alcanzado los ciento veinte años, o los ciento diecinueve; de ese punto no estaba yo muy seguro. En cualquier caso no era improbable que se hubiera puesto enferma o hubiera sufrido algún percance que requiriera la atención familiar.



Lo que me resultó más raro fue que Mike se marchara sin avisar y sin darme las señas de su nueva dirección, porque él y yo nos pasábamos la vida juntos y nos lo contábamos absolutamente todo; incluso las situaciones divertidas que acabábamos de compartir. Tan pronto como nos separábamos corríamos a llamarnos por teléfono y volvíamos a contárnoslas el uno al otro y a reírnos con las mismas ganas por los mismos motivos.

Estábamos tan identificados que éramos capaces de inventarnos una canción los dos al tiempo, improvisando versos idénticos y poniendo la música a medias. Una de las mejores fue la que le dedicamos al guardián de la fábrica de muñecos parlantes, que siempre nos amenazaba con el bastón cuando nos pillaba fisgando por los agujeros de la tapia. Y era muy frecuente que al hacer cualquier comentario nos salieran a los dos las mismas palabras y en el mismo orden, como si ya lo hubiéramos preparado.

Paquita nos gastaba bromas sobre eso. En cuanto nos veía entrar en casa meneaba la cabeza mirándonos de través y poniendo cara de lástima, no se sabe por qué.

—Ya están aquí —decía—. La sogá tras el caldero.